

**PENSAR LA LITERATURA / PENSAR LA EDUCACIÓN**

## LA REPRESENTACIÓN DEL JOVEN LECTOR. EL CASO DE “EL LIBRO DEL CEMENTERIO” DE NEIL GAIMAN

ABEL COMBRET<sup>1</sup>

## RESUMEN

En este artículo se plantean algunas ideas que funcionaron y aún funcionan como juicios a priori sobre la literatura para los jóvenes, para demostrar que han sido cuestionadas dentro del propio campo literario., y que varios autores han asumido la responsabilidad y el compromiso de escribir historias que demuestran alejarse de los preconceptos tanto sobre los jóvenes, en general, como sobre la literatura destinada a ellos, en particular. Es el caso paradigmático del escritor británico Neil Gaiman, autor de “El libro del cementerio” (2008), cuya lectura se propone aquí, poniendo en valor este gesto del autor.

## PALABRAS CLAVE

LITERATURA JUVENIL-REPRESENTACIONES-LECTOR-NEIL GAIMAN

“Ella estaba sentada en una silla alta, ante un plato de sopa que le llegaba a la altura de los ojos. Tenía la nariz fruncida y los dientes apretados y los brazos cruzados. La madre pidió auxilio:  
—Cuéntale un cuento, Onelio —pidió—. Cuéntale, tú que eres escritor.  
Y Onelio Jorge Cardoso, esgrimiendo una cucharada de sopa, comenzó su relato:  
—*Había una vez una pajarita que no quería comer la comidita. La pajarita tenía el piquito cerradito, cerradito, y la mamita le decía: ‘Te vas a quedar enanita, pajarita, si no comes la comidita’.* Pero la pajarita no hacía caso a la mamita y no habría su piquito...  
Y entonces la niña lo interrumpió:  
—*Qué pajarita de mierdita* —opinó.”

Eduardo Galeano.

---

<sup>1</sup> Profesor de Lengua y Comunicación Oral y escrita (CURZA-UNco) Especialista en Educación Literaria. Docente del CURZA en Literatura Española



En la actualidad existen muy variadas producciones literarias destinadas a niños y adolescentes, reducidas en muchos casos bajo el catálogo editorial de “Literatura infantil y juvenil”. Sin embargo, resulta interesante no tanto describir la variedad misma de esos textos como observar y analizar las diferentes representaciones sobre la infancia y la adolescencia que subyacen en ellos.

Dentro de dicho universo podemos encontrarnos con libros que se presentan, en términos de Bombini y López, como “ahistóricos, descontextualizados y desficcionalizados”, es decir, historias “realistas” que no se insertan en las series literaria y social. El problema de este tipo de textos, decíamos, radica en la imagen que (se) construye del niño/adolescente que los leerá. Más allá de las discusiones acerca de la posible función de estos textos como “enganche” o puerta de entrada a la Literatura con mayúsculas, queda claro que los mismos requieren de un exiguo trabajo lector. Las historias se parecen (intentan parecerse) a la vida real de los jóvenes, realizando un esfuerzo denodado (en todos los casos, además, inútil) por reproducir su lenguaje y sus modos y por presentar situaciones consideradas “típicas”. Así, no considero demasiado arriesgado decir que quien escribe (y quien edita y quien distribuye y quien estimula la lectura de estos textos) de manera más o menos consciente considera al joven lector perezoso, sin la capacidad de imaginar otros mundos que no sean como el suyo y sin las competencias necesarias para decodificar otros lenguajes (no solo otras palabras diferentes a las que utiliza habitualmente sino también otras formas o estructuras). En suma, un lector subestimado por cada uno de los actores que debieran iniciarlo y estimularlo en la lectura.

Lo interesante, por otra parte, es que esta visión sobre el lector no es otra cosa que una visión desdeñada de la propia obra. Es decir, como el lector no posee las competencias necesarias, se tiene consciencia de que se escribe una literatura menor. El autor, con suerte, en algún momento dará el paso hacia la Gran Literatura.

Estas ideas que funcionaron y funcionan como juicios a priori sobre la literatura para los jóvenes, y sobre los jóvenes mismos, afortunadamente han sido cuestionadas dentro del propio campo literario. Varios autores han asumido la responsabilidad y el compromiso de escribir historias que demuestran alejarse de los preconceptos tanto sobre los jóvenes, en general, como sobre la literatura destinada a ellos, en particular.



En este punto, encuentro paradigmático el caso del escritor británico Neil Gaiman. Autor de, entre otras, las novelas “American Gods” (2001), “Coraline” (2002), “Los hijos de Anansi” (2005) y “El libro del cementerio” (2008), ya desde sus primeros pasos en el comic norteamericano prescindió de los tópicos del superhéroe que predominaba en el mercado.

Sabemos que el fenómeno de libros a “contra – pelo” en el universo de la literatura infantil o juvenil no es nuevo. Aquella “crisis de identidad” de la década de 1960 que favoreció la aparición de libros infantiles y juveniles que plantearon rupturas a lo antes señalado, y cuyo caso quizás más notorio en nuestro país fue el de María Elena Walsh, encuentra, en Neil Gaiman, nuevas formas de manifestación pero la misma premisa de fondo. Sus novelas, ahora, se apartan definitivamente de lo que en su momento Graciela Montes ha denominado “literatura de corral” (Montes, 1995).

Lejos de intentar mantener las reglas del pensamiento hegemónico sobre la literatura “para jóvenes”, Gaiman explora en sus obras distintas maneras de presentación en cuanto a la forma (es el caso, por ejemplo, de la novela gráfica) y también en cuanto a la trama, es decir, a los temas que aborda y a la manera en que lo hace. Aclaremos, en este punto, que el problema de algunos libros juveniles no sería tanto el tema a abordar sino la manera estereotipada en la que muchas veces se realiza ese abordaje.

La última novela de Gaiman, “El libro del cementerio”, ganadora de la Medalla Newbery 2009 a la mejor novela juvenil estadounidense, abandona aquellos temas y problemáticas que las novelas para jóvenes consideran “comunes” a su público lector (el sida, la contaminación, la discriminación, los valores) y cuenta la historia de Nadie, un bebé “que apenas sabía andar” (Gaiman, 2010: 10) que salva su vida la misma noche en la que un sicario ha asesinado a toda su familia. Nadie gatea hacia una colina, entra al cementerio y se encuentra con la señora Owens, quien lo adopta junto a su marido, previa autorización del resto de los habitantes del macabro lugar. Hemos de hacer notar aquí que la señora Owens lleva varios siglos muerta. Nadie, llamado así porque, en palabras de su nueva “madre”, “no se parece a nadie”, comienza a vivir entonces junto a los fantasmas que moran en ese sitio.

Es interesante destacar el hecho de que el autor hace visible aquí la capacidad extraordinaria de los niños. Lejos de subestimarlos, Gaiman muestra, a partir del



protagonista y de los demás personajes de la historia, que son capaces de ver los que otros no. Sólo Nadie, de menos de un año y medio de edad, es capaz de ver a esos fantasmas e interactuar con ellos, algo que ningún adulto ha logrado ni podrá hacerlo. Subyace aquí, entonces, un reconocimiento y una valoración de la infancia.

Volviendo al inicio, observamos que la obra parte de un hecho que algunos podrían tildar como de dudosa verosimilitud (un bebé escapa de un asesino profesional) y se sostiene en otro hecho que descolocaría a cualquier lector adocinado: el protagonista convivirá en un cementerio con fantasmas. Arriesgaré a decir que, desde el inicio mismo de su obra, Gaiman busca sacar al joven lector del “corral” en el que gran parte de la literatura destinada a él intenta meterlo. Y lo logra gracias a un truco tan viejo y eficaz como la literatura misma: el pacto de lectura.

¿Pero cómo mantiene Gaiman la atención del joven lector sin tratar un tema o problemática de “su interés” y sin parecerse en nada a un relato de su propia vida? Ya que, ¿qué tema podría estar más alejado de las problemáticas comunes del niño/adolescente que la muerte? Ensayaremos una posible respuesta: lo logra recurriendo al miedo.

El miedo, esa palabra cargada de tanta vergüenza que, muchas veces, en la Historia, en el Hombre y en la Literatura ha sido ocultada, seguramente por la confusión entre miedo y cobardía, aparece aquí como motor fundamental de la trama en las primeras páginas. Se trata de un recurso sumamente efectivo dado que Gaiman advierte que el miedo es, en definitiva, uno de los instintos de conservación de la especie, junto con el comer y el reproducirse. Más aún, hay quien se ha preguntado si el miedo a la muerte, matriz de todos, no habrá quedado en algún tipo de memoria colectiva. Podemos concluir que sin miedo, entonces, no hay literatura.

Por otra parte, y en concordancia con lo anterior, debemos hacer notar que “El libro del cementerio” hace visible cuestiones que la literatura juvenil ha ocultado. Es el caso, por ejemplo, de tratar artísticamente el tema de la muerte, no como final del argumento sino como principio de la aventura. La historia narrada sucede gracias a la muerte y no a pesar de ella.

“El libro del cementerio”, en suma, no se parece al relato de la propia vida del joven que va a leerlo, no elige el uso de la primera persona gramatical, mucho menos abunda en diminutivos que exasperan hasta a los propios destinatarios ni se vale de un registro

cercano a la jerga adolescente. Por el contrario, es una obra que apuesta por la polisemia, recurre a la cultura popular y al trabajo con el lenguaje. Acudiendo a la fantasía tan temida por Rousseau y los pedagogos que lo siguieron (en el mundo y también en nuestro país), se constituye como una obra liberadora, en la medida en que, como señala Graciela Montes, “el corral protege, ya se sabe, pero también encierra”.

### Referencia bibliográficas

- Cañón, M. y Stapich, E. “Sobre atajos y caminos largos: la literatura juvenil”. Revista *El toldo de Astier*. Nº 4, Abril de 2012. UNLP. Disponible on line.
- Carranza, M. “La literatura infantil: ¿Una cuestión de límites?”. Conferencia pronunciada en las VII Jornadas Literatura/Escuela. Jitanjáfora, Redes sociales para la promoción de la lectura y la escritura. Mar del Plata. 2007
- Gaiman, Neil. *El libro del cementerio*. Bs. As. Roca Editorial. 2010
- Galeano, Eduardo. *El libro de los abrazos*. Bs. As. Siglo Veintiuno Editores. 2013
- Guerrero Guadarrama, Laura. “La neo-subversión en la literatura infantil y juvenil, ecos de la posmodernidad.” En: Revista *Ocnos* nº 4, 2008
- Montes, Graciela. “Realidad y fantasía o cómo se construye el corral de la infancia” en *Espacios para la lectura. Órgano de la red de animación a la lectura del Fondo de Cultura Económica*. Año 1, núm.1, invierno de 1995. pp. 4-6